

ELITISMO Y DEMOCRACIA: DE PARETO A SCHUMPETER (*)

Por MERCEDES CARRERAS

SUMARIO

I. LA HISTORIA COMO CEMENTERIO DE ARISTOCRACIAS.—II. HETEROGENEIDAD SOCIAL Y DEMOCRACIA REPRESENTATIVA.—III. ELITISMO Y DEMOCRACIA.

I. LA HISTORIA COMO CEMENTERIO DE ARISTOCRACIAS

Aun cuando la vida y escritos de Vilfredo Pareto (1848-1923) dan testimonio global de una postura coherente en relación con la democracia, la gran variedad de connotaciones que rodean a este término precisan de un análisis más detallado, por otra parte inexistente en su obra. En 1882, a los treinta y cuatro años de edad, se presentó como candidato moderado en las elecciones por el colegio de Pistoia-Prato. De manera que su participación en el sistema ya supuso al menos cierta aceptación, pues esperaba hacer algo desde dentro. Sin embargo, la derrota electoral le dejó un recuerdo amargo, que le acompañó siempre y le predispuso a examinar más de cerca el verdadero alcance de la representación.

Ante la imposibilidad material de proceder a una democracia directa si-

(*) Este artículo es la reelaboración de algunos apartados de la tesis doctoral «Vilfredo Pareto: una teoría de la libertad económica y del elitismo político», dirigida por el Prof. JESÚS BALLESTEROS y defendida en la Universidad de Valencia el 19 de diciembre de 1990 ante el Tribunal integrado por los profesores JOAQUÍN TOMÁS VILARROYA, JOSÉ M.ª RODRÍGUEZ PANIAGUA, GILBERTO GUTIÉRREZ, ALBERT CALSAMIGLIA y JAVIER DE LUCAS, y se beneficia de sus apreciaciones.

milar a la de los cantones suizos en comunidades más amplias, dotadas de otro tipo de organización, Pareto procederá al análisis de la democracia representativa, por ser ésta la más frecuente en las sociedades occidentales, si bien la mayoría de las veces se referirá a ella simplemente como democracia. La opinión de Pareto respecto a esta última es clara: por un lado, se enfrenta al hecho permanente del Gobierno de una elite que persigue sus propios intereses, aunque trata de convencer al pueblo para hacerlos coincidir con los suyos, mediante todo tipo de ideologías —derivaciones, en el lenguaje paretiano— acordes con los sentimientos presentes en la masa de electores (1); por otro, reconoce el peligro que entraña el desgobierno, y tampoco está por la tiranía y el uso indiscriminado de la fuerza. Sin embargo, advierte que la democracia representativa *tout court* no existe, pues la soberanía del pueblo acaba al depositar su voto en la urna. Con todo, Pareto sigue pensando que la democracia basada en el equilibrio de poderes y en el pluralismo político sigue siendo un modelo válido a falta de otro mejor. Tampoco hay que olvidar que al final de sus días pondrá sus esperanzas en el fascismo como régimen alternativo, aunque es casi seguro, a la vista de su talante liberal, que se habría sentido profundamente desilusionado con su evolución.

Para Pareto, la fórmula «la historia es un cementerio de aristocracias» (*Traité*, § 2.053) (2) supone que la historia es una repetición indefinida del

(1) VILFREDO PARETO: *Traité de sociologie générale (1917-1919)*, 3.^a ed., Ginebra, Droz, 1968, § 2.184: «... tales derivaciones expresan principalmente el sentimiento de aquellos que, llegados al poder, quieren conservarlo, y también el sentimiento mucho más general de la utilidad de la estabilidad social... La estabilidad social es tan útil que, para mantenerla, vale la pena acudir a la ayuda de fines imaginarios, de diversas teologías... y como los hombres están eficazmente guiados no por el escéptico razonamiento científico, sino por vivos sentimientos que experimentan, pueden ayudar dentro de ciertos límites, y, efectivamente, han ayudado, aunque sean científicamente absurdas las teorías del 'derecho divino' de los reyes, de las oligarquías, del 'pueblo', de las 'mayorías', de asambleas políticas y otras semejantes».

(2) V. PARETO: *Les systèmes socialistes (1902-1903)*, 4.^a ed., Ginebra, Droz, 1978, pág. 9: «Existe un hecho de extremada importancia para la fisiología social, y es el que las aristocracias no duran. Todas ellas se ven afectadas por una decadencia más o menos rápida»; ID.: *Manuel d'économie politique (1909)*, 5.^a ed., Ginebra, Droz, 1981, cap. VII, § 98: «La historia de las sociedades humanas es, en gran parte, la historia de la sucesión de las aristocracias»; ID.: «Le péril socialiste», en *Journal des Économistes*, mayo 1900, págs. 161-178, en *Libre-échangeisme, protectionisme et socialisme*, Ginebra, Droz, 1965, pág. 322: «Nunca o casi nunca las aristocracias —y utilizo este término en su sentido etimológico, que significa los mejores— han perecido exclusivamente por los ataques de sus adversarios, sino que han sido ellas mismas el artífice de su propia destrucción». PARETO formula con detalle su concepción de la historia como sucesión de aristocracias en los caps. XI, XII y XIII del *Traité de sociologie générale*.

mismo fenómeno: una minoría arrebató el poder a la mayoría que domina y se erige en minoría dominante. La dominación de la mayoría por la élite es un fenómeno permanente. La idea de una sociedad sin clases, en la que no existan dominantes y dominados, es un sueño inalcanzable (3). Las élites no son permanentes: declinan, degeneran y mueren, unas veces con lentitud y otras con rapidez. No sólo disminuyen en cantidad, sino también en calidad, dejando lugar para la incorporación de nuevos elementos procedentes de otros estratos del agregado social y poniendo en movimiento la «circulación de las élites». Pareto no defendía un elitismo aristocrático. Fue el estudio de la historia, de las características sociológicas del hombre y de la naturaleza de las sociedades humanas lo que le llevó al convencimiento de que la oligarquía era inevitable. Por otra parte, como las élites no son permanentes, las leyes que rigen su composición y determinan su caída le resultaban de gran interés. Cabe identificar la libre circulación de élites con una tendencia democrática en su seno; la tendencia aristocrática, por el contrario, denotaría el hermetismo de esas minorías selectas. A su vez, la tendencia democrática facilita el equilibrio social y la estabilidad en el poder de las élites de gobierno.

Pareto parte del reconocimiento de la heterogeneidad social (4). La sociedad humana es heterogénea; hay heterogeneidad en los sistemas de valores, hay distinción jerárquica entre los individuos... Esta heterogeneidad se concreta en la definición que Pareto propone de élite funcional. Pareto tenía una visión cíclica de la historia, según la cual las formas sociales pasan a través de una serie de etapas que se repiten, una y otra vez, aproximadamente en el mismo orden (5). Una vez más, Pareto se siente pionero y critica a los historiadores, pues la mayoría de ellos no llega a descubrir este proceso de circulación (6).

(3) V. PARETO: *Les systèmes socialistes*, págs. 60-61: «"Todos los movimientos históricos —decía en 1848 el *Manifiesto Comunista*— han sido, hasta ahora, movimientos de minorías en beneficio de minorías. El movimiento proletario es el movimiento espontáneo de la inmensa mayoría en beneficio de la inmensa mayoría." Desgraciadamente, esta verdadera revolución, que debe aportar a los hombres una felicidad sin mancha, no es más que un espejismo decepcionante, que nunca se torna en realidad; se parece a la edad de oro de los milenaristas: siempre escapa a sus fieles en el mismo momento en que la creen poseer.»

(4) «Guste o no guste a ciertos teóricos, es un hecho que la sociedad humana no es homogénea, que los hombres son distintos física, moral e intelectualmente; pretendemos estudiar los fenómenos reales y, por tanto, tenemos que tener en cuenta este hecho» (*Traité*, § 2.025).

(5) Véase T. PARSONS: *La estructura de la acción social*, Madrid, Guadarrama, 1968, pág. 239. Véase también I. ZEITLIN: *Ideología y teoría sociológica*, Buenos Aires, Amorrortu, 1977, págs. 181-182.

(6) V. PARETO: *Les systèmes socialistes*, págs. 35-36: «Describen este fenómeno

Su visión de la historia como alternancia indefinida de los poderes de las elites está marcada por la oscilación entre dos tipos en la Jefatura del Gobierno: los zorros y los leones. El pensamiento político tiende a creer que el mando es una tarea que requiere personas especialmente cualificadas, de una capacidad excepcional y dotadas tanto de virtud como de inteligencia. Esta inclinación es una versión concreta de la creencia en que la mayoría de los logros humanos son obra de los grandes hombres. Tal teoría, exaltadora de las proezas de unos pocos selectos, ha ejercido una profunda influencia. En función del análisis precedente podemos afirmar que el problema estriba en determinar en qué medida las diferencias «constituyen una elite», que es algo más que una categoría en un sistema de clasificar a los hombres (7).

La exhibición de ejemplos históricos es un interminable despliegue de acontecimientos, cuya función es probar lo que para ellos es decisivo: que la naturaleza humana no cambia. Dado que es siempre la misma, se pueden localizar en cualquier momento hombres con capacidad para mandar y hombres que sólo quieren ser dominados. Hombres que aspiran a dominar y dominadores que los reprimen, intentan absorberlos o vacilan y terminan perdiéndose. Las claves del equilibrio social, de la estabilidad de la clase política y de la reproducción de la oligarquía burocrática se encuentran, en último término, en la estructura psicológica permanente de la naturaleza humana. La historia nos enseña, pues, que cualquier esfuerzo por cambiar la situación social es una pérdida de tiempo. En este clima de desencanto, capaz de dar al traste con cualquier ilusión de cambio cualitativo real, cabe concluir «plus ça change plus c'est la même chose» (8).

La caída de la vieja sociedad liberal y aristocrática de su juventud, el debilitamiento de la clase social a que pertenecía, el avance del socialismo...

como si se tratase de un combate entre una aristocracia o una oligarquía, siempre la misma, y el pueblo, también siempre el mismo. Pero, en realidad: 1) se trata de un enfrentamiento entre dos aristocracias, y 2) la aristocracia en el poder cambia constantemente. La aristocracia que detenta el poder hoy será sustituida, tras un cierto lapso de tiempo, por sus adversarios.»

(7) Véanse R. A. NISBET: *El vínculo social*, Barcelona, Vicens Vives, 1975, página 211, y C. J. FRIEDRICH: *El hombre y el Gobierno*, Madrid, Tecnos, 1968, pág. 345.

(8) Véanse F. FERRAROTTI: *El pensamiento sociológico de Auguste Comte a Max Horkheimer*, Barcelona, Península, 1975, pág. 198, y V. PARETO: «Les finances italiennes», en *Le monde économique*, sept. 1891, en *Lettres d'Italie*, Ginebra, Droz, 1967, pág. 47: «Vous apprenez qu'il n'y a pas beaucoup de choses nouvelles sous le soleil, ce qui est une réflexion philosophique fort approprié à certaines situations.» ID.: *Manuel d'économie politique*, cap. II, § 123: «Mas la historia no se detendrá al término de la evolución actual, y si el porvenir no debe ser completamente diferente del pasado, a la evolución actual sucederá una evolución en sentido contrario.»

constituyen una serie de experiencias que Pareto trató en vano de racionalizar o de sublimar mediante una construcción intelectual (9). Tradujo, pues, sus conflictos y emociones en una formulación discursiva, con el fin de controlarlos. En el fondo, Pareto quiso comprender por qué la historia se desarrollaba de forma caótica y por qué la razón y el progreso eran simples ilusiones. El horror hacia esta situación, contra la que el hombre poco podía hacer, engendraba en él un cinismo que precisaba de la seguridad que otorga la violencia (10).

II. HETEROGENEIDAD SOCIAL Y DEMOCRACIA REPRESENTATIVA

La concepción paretiana de la historia como «cementerio de aristocracias» nos lleva a otra nueva afirmación: la democracia representativa es una «derivación» más. Pareto considera que esta expresión, además de ser indeterminada, encubre una serie de hechos que se propone estudiar (11). Por una parte, constata que «en los pueblos civilizados modernos hay una marcada tendencia a usar una forma de gobierno en la que el poder de hacer leyes corresponde en gran parte a una asamblea elegida por una parte al menos de

(9) V. PARETO: «De la société future», en *Zeitschrift für Socialwissenschaft*, 111, 1900, págs. 235-236, en *Mythes et idéologies*, Ginebra, Droz, 1984, pág. 174: «Es inútil cerrar los ojos a la realidad. Los progresos del socialismo son cada día mayores. Pero esto no es lo más grave: lo peor es la ausencia casi total de resistencia en las clases altas, que están a punto de suicidarse, como se suicidaron la burguesía y la nobleza del siglo XVIII al preparar la primera Revolución francesa.» ID.: «Lettera a Francesco Papafava», 28 mayo 1899, en *Lettere et correspondances*, Ginebra, Droz, 1988, pág. 351: «La borghesia italiana si suicida col copiare malamente il socialismo. Prepara giorni tristissimi per l'Italia.» Aquí es donde se encuentra su desprecio hacia la indolencia de la sociedad burguesa, como ha puesto de manifiesto HANNA ARENDT en *Crisis de la República*, Barcelona, Taurus, 1973, págs. 165-166.

(10) Cfr. G. SANTONASTASO: «L'idea di 'decadenza' nei pensatori politici italiani del secolo XX», en *Rivista Internazionale di Filosofia Politica e Sociale*, vol. 1, 1963, págs. 27-50.

(11) *Traité de sociologie générale*, § 2.240: «... Por ejemplo, todos reconocen que hoy día la 'democracia' tiende a convertirse en el régimen político de los pueblos civilizados. Pero ¿cuál es el significado preciso de este término 'democracia'? Es todavía más indeterminado que el indeterminadísimo término de 'religión'. Es preciso, pues, que lo dejemos a un lado y que pasemos al estudio de los hechos que encubre.» El mismo ROUSSEAU era consciente de las dificultades materiales de la democracia en toda su extensión: «Si tomamos el término en su acepción más rigurosa, nunca ha existido una verdadera democracia y jamás existirá. Es contrario al orden natural que gobierne el mayor número y que sea gobernado el menor» (cfr. *El contrato social*, libro III, cap. IV, Madrid, PPP Ed., pág. 106).

los ciudadanos» (12). Por otra, alega que el denominado Estado de Derecho es un mito porque carece de entidad: «... preferiría tener que describir la Quimera» (13). Seguramente Pareto se sentía molesto por la vacuidad de la expresión y no acertaba a identificarla con la necesidad de someter el poder político a las normas jurídicas que orientan y limitan la acción de gobierno para promover y respetar los derechos y deberes de los ciudadanos, quienes se hallan a su vez obligados a cumplir dichas normas, que son sus protectoras.

Su punto de partida es, pues, la crítica del régimen parlamentario representativo y su empeño en afirmar que la soberanía pertenece al pueblo (14). Lejos de ser así, la soberanía está en manos de una pequeña minoría que apela a los principios democráticos sólo para dar una apariencia legítima a sus actuaciones.

Si se observa que, para mantenerse en el poder, las elites modernas utilizan menos la fuerza que la persuasión ideológica, empieza a aparecer clara una de las dimensiones del «otorgamiento del poder» al pueblo: no es otra cosa que una derivación más con fuerte carga ética y con ayuda de la cual es más eficaz la creación de consenso (15). La ideología democrática, la republicana, la oligárquica, la monárquica, el derecho divino de los príncipes, de la aristocracia o del pueblo no sólo no tienen el menor valor lógico-experimental, sino que son medios mediante los cuales se quiere cooperar en la producción de conformidad (16). Desde la perspectiva de Pareto: «Un régi-

(12) *Traité de sociologie générale*, § 2.241: «Se puede añadir que hay una inclinación a aumentar este poder y a aumentar el número de ciudadanos que eligen la asamblea.»

(13) *Traité de sociologie générale*, § 2.182: «El lector sabrá excusarme si no le defino esta bella entidad, pero por muchas investigaciones que he hecho ha seguido siendo totalmente desconocida para mí, y preferiría tener que describir la Quimera.» No obstante, reconocía el papel del Derecho en el mantenimiento del equilibrio social.

(14) La voz «representación» se caracteriza por su polisemia; FRANCISCO LAPORTA recoge los cinco significados más usuales del término: representación como símbolo, representación como reproducción a escala de la realidad social, como ciudadano de intereses, como autorización para decidir y como disposición a responder. En los dos últimos casos la intervención de los representados es imprescindible. Cfr. «Sobre la teoría de la democracia y el concepto de representación política: Algunas propuestas para debate», en *Doxa*, núm. 6, 1989, págs. 130-131.

(15) *Traité de sociologie générale*, § 1.932: «... conviene que los gobernados acepten, observen, respeten, veneren y amen espontáneamente los preceptos que existen en la sociedad donde viven».

(16) *Manuel d'économie politique*, cap. 11, § 117: «La historia nos enseña que las clases dirigentes han tratado de hablar al pueblo en el lenguaje que ellos creen que conviene más al fin que se proponen, aun cuando no sea el verdadero. ARISTÓTELES

men en el que el *pueblo* exprese su *voluntad* —suponiendo, no concediendo, que tenga una—, sin clientelas, intrigas ni camarillas, sólo existe como puro deseo de teóricos, pero no se observa en las realidades ni del pasado, ni del presente, ni en nuestras tierras ni en otras» (*Traité*, § 2.259) (17).

La corrupción electoral generalizada en Italia le llevó a cuestionar la limpieza y la efectividad práctica del sistema democrático participativo (18). La democracia no es posible porque siempre hay una elite gobernante: todo régimen social es siempre aristocrático. Para Pareto, las teorías democráticas son derivaciones que prueban la necesidad que tiene el hombre de mitos y el tipo de ideología que generan unas formaciones sociales.

La idea de una humanidad común, implícita en el concepto de igualdad de todos los hombres, es incompatible con su clasificación en órdenes superiores e inferiores. El ideal democrático fomenta la máxima utilización de las capacidades individuales en interés de la comunidad; pero, en oposición a la teoría de la elite, asigna igual peso a la opinión de cada individuo con respecto al rumbo general y a la indole de las medidas políticas. Incluso

describe los artificios empleados por las oligarquías (*Política*, IV, 10,6): "En las repúblicas se confunde al pueblo de cinco maneras, por pretextos." Y añade que en las democracias se sirven de preceptos análogos.»

(17) En el § 2.260 del *Traité* añade: «Estos fenómenos, advertidos ya por muchos, suelen describirse como una desviación, como una 'degeneración' de la 'democracia'; pero nadie ha sabido decir cuándo y dónde se ha dado el estado perfecto o, al menos, bueno respecto al cual aquélla se ha desviado o 'degenerado'. Sólo se puede observar que cuando la democracia era partido de oposición no tenía tantas manchas como tiene en la actualidad; pero éste es un carácter común a casi todos los partidos de oposición, a los que, para actuar mal, les falta, si no la voluntad, sí el poder.»

(18) V. PARETO: «L'Italie économique», en *Revue des Deux Mondes*, 15 octubre 1891, en *La liberté économique et les événements d'Italie (1898)*, Ginebra, Droz, 1970, pág. 34: «La corruption électorale gagna aussi du terrain. Nous en sommes venus au point que cette année [1891] le ministre de l'intérieur, parlant à la chambre, a pu dire à un député: "Pour vous faire élire, vous avez fait voter même les morts!" Mais celui-ci, sans s'émouvoir, a répliqué: "Que celui qui est sans péchés me jette la première pierre!"» ID.: «Parliamentary government in Italy», en *Political Science Quarterly*, diciembre 1895, en *La liberté économique et les événements d'Italie (1898)*, Ginebra, Droz, 1970, pág. 61: «Por supuesto que hay leyes contra la corrupción electoral, pero nunca se aplican. Un juez y un fiscal de Venecia, que estaban lo bastante locos como para tomar en serio las disposiciones de tales leyes, fueron destituidos por el Gobierno Rudini [Antonio Strarrabba di Rudini]... En este caso los periódicos dijeron abiertamente que era ridículo tratar de castigar la compra de votos dado que se había convertido en una costumbre general y ordinaria.» R. ARON: «Paretian politics», en *Makers of Modern Social Science. Pareto & Mosca*, James Meisel Ed., New Jersey, Prentice Hall Inc., 1965, pág. 116: «Corruption, a general phenomenon found everywhere, must be distinguished from political and economic combinations typical of a certain society et a certain time of its development.»

cuando el correcto equilibrio entre los derechos del sufragio universal y la realidad sociológica esté asegurado, nos encontramos con dos hechos importantes: por un lado, el poder pertenece en propiedad a una elite; por otro, el sistema representativo aparece como una mixtificación ante los imperativos de la razón de Estado y la realidad de la desigualdad social.

La diferencia fundamental entre elitistas y demócratas no se refleja únicamente en sus discrepancias sobre quién debe ser el responsable de determinar cuáles son los problemas básicos del cuerpo político, sino también, y en grado tal vez más significativo, en sus diversos enfoques de lo que constituye el interés público. Las teorías elitistas conciben esto último en términos unidimensionales: se alcanza el interés general cuando la política del Gobierno concuerda con la opinión de la elite. Clasificar las formas de gobierno con etiquetas tales como «democracias parlamentarias», «repúblicas democráticas», «democracias socialistas», «Monarquías constitucionales» y demás variantes favorece las derivaciones, pero no nos ayuda a apreciar las variaciones sustanciales en la organización de la toma de decisiones políticas en las sociedades modernas. De ahí que Pareto ofrezca su propia clasificación de los tipos de gobierno que examinamos a continuación (19):

Tipo I. Gobiernos que usan principalmente la fuerza material y la de los sentimientos religiosos u otros similares: se advierte un predominio de los residuos de la clase II (persistencia de los agregados/leones) sobre los de clase I (instinto de las combinaciones/zorros) y, por tanto, expertos en mantener el orden, la estabilidad y la tradición. Sin embargo, no estimulan la iniciativa económica bien porque son dados a huir de las novedades o porque obstaculizan el ascenso de los que tienen nuevas ideas al respecto. Su enriquecimiento será precario y caerán en manos de una turba armada.

Tipo II. a) Gobiernos que usan principalmente la inteligencia (20) y la astucia apelando a los sentimientos: se trata de Gobiernos teocráticos, como los de los antiguos reyes de Grecia, hoy desaparecidos en Occidente, por lo que Pareto no procede a su examen.

Tipo II. b) Gobiernos que usan principalmente del arte y la astucia, apelando a los intereses: es un Gobierno de «especuladores», donde prevalece la clase I de residuos y la circulación de las clases selectas es rápida, pero está determinada por la capacidad de producir innovaciones económicas de los aspirantes. Pueden degenerar en Gobiernos astutos, pero débiles, derribados por la violencia interna o externa.

Es evidente que la combinación de esas formas de gobierno varía consi-

(19) Cfr. V. PARETO: *Traité de sociologie générale*, § 2.274.

(20) «Artifice» en la versión francesa, «intelligence» en la inglesa y «arte» en la italiana.

derablemente de una sociedad a otra y de una época a otra. La historia está marcada por una serie de oscilaciones periódicas en las que la clase gobernante va de la coerción a la astucia. Sin embargo, una confianza excesiva en la fuerza o en el ingenio no da buen resultado a la larga. Ambas estrategias son antagónicas, la represión engendra sentimientos de opresión y, finalmente, provoca la rebelión. Mientras que una ingenuidad excesiva mina el poder económico y el político, pues los regímenes invierten demasiada energía en la distribución de la riqueza y descuidan el aumento de la producción. Se multiplican los grupos de presión, que nunca se sienten satisfechos, y los esfuerzos para satisfacer su demanda eventualmente conducen a la bancarrota.

La democracia, por su condición mítica, es un vehículo eficaz para el Gobierno demagógico. En manos de una elite perseverante y astuta, el poder de una ficción puede ser letal. Pareto se detiene a considerar el tema del debilitamiento de la noción de Estado en la clase dirigente como causa del debilitamiento del equilibrio de los poderes del Estado representativo. Las decisiones políticas se toman teniendo en cuenta consideraciones que deberán estar de acuerdo con los sentimientos de una colectividad particular. La fuerza centrípeta que potenciaba la concentración del poder se encuentra ahora enfrentada con una fuerza centrífuga muy poderosa. El poder central, ya sea monárquico, oligárquico o popular, como está sometido a tal fuerza, se disgrega lentamente, y la soberanía pierde poco a poco su atributo más importante: la eficacia. Y como el poder tiene horror al vacío, son los particulares y los grupos que ocupaban hasta entonces papeles secundarios los que intentan del modo más natural conquistar las plazas vacantes. En la mayor parte de los casos se conforman con ejercer un poder de hecho, real y efectivo, aunque todavía jurídicamente inexistente. De todas estas transformaciones surgirá una nueva elite que barrerá sin piedad a la antigua y se apropiará sin escrúpulos de los resortes del poder.

Pareto se opone a las convicciones de la generación de 1848. Después de comprobar en qué se ha convertido la democracia real y cómo funcionan las instituciones representativas, concluye que nada ha cambiado y que las minorías privilegiadas dirigen siempre el juego. Aunque la elite cambie de derivación o de teoría justificativa, la realidad será la misma. Ante la imposibilidad efectiva de la democracia directa, típica de los cantones suizos, que tanto admiraba, al final de sus días Pareto no duda en reiterar la importancia de las instituciones democráticas como foro de opinión, de pluralismo político y como garantía básica de libertad (21).

(21) V. PARETO: «Pochi punti di un futuro ordinamento costituzionale», 25 septiembre 1923, en *La trasformazione della democrazia*, Rocca San Casciano, Cappelli.

III. ELITISMO Y DEMOCRACIA

La filosofía política moderna comenzó por una reacción frente a una forma especial de elitismo: el elitismo del *status* y el privilegio hereditarios. Ni Maquiavelo ni Hobbes pueden considerarse demócratas, pero ambos criticaron con severidad la aristocracia hereditaria. La revolución industrial y la revolución tecnológica y científica de los siglos XIX y XX transformaron las bases del poder económico y social. Henri de Saint-Simon (1760-1825) fue el primero en proclamar un nuevo elitismo y en declarar que las revoluciones democráticas del siglo XVIII estaban anticuadas antes de haberse consumado. Hacía falta una nueva elite definida de acuerdo con las necesidades funcionales de la sociedad industrial. El nuevo mundo requería de las habilidades del ingeniero, el científico y el economista. Así, la democracia, con su interés por la igualdad y la participación popular, resultaba anacrónica y peligrosa. Las decisiones y las medidas a tomar eran cuestiones a determinar por los expertos y no por los grupos parlamentarios o los cómputos electorales. Mientras la democracia se rige por la hipótesis que todos pueden decidir sobre todo, la tecnocracia pretende que los llamados a decidir sean los especialistas. Saint-Simon sueña más con una sociedad corporativizada y basada en el conocimiento científico y el control tecnológico que en una sociedad burocratizada. Para eludir este argumento, los partidarios de la democracia liberal dijeron que los asuntos económicos pertenecían al ámbito de la «sociedad» y, por tanto, estaban protegidos del control político gracias a las inmunidades que salvaguardan la vida «privada».

El auge de las organizaciones industriales a gran escala, promovido por el desarrollo de las sociedades anónimas a finales del siglo XIX, puso de manifiesto la insuficiencia de la formulación democrática-liberal. Pero lo decisivo fue el descubrimiento de la burocracia, que, como respuesta a la «democracia de masas», penetraba en la estructura de la democracia y la transformaba. Autores como Michels y Weber hablaron de un sistema burocratizado regido

1966, págs. 166-167: «Qualunque opinione si abbia del Parlamento, conviene oramai di conservarlo. Il problema da risolvere sta nel trovare modo che rechi vantaggio col minor danno possibile... Rimanga alla Camera la parte dell'alta politica, in cui può fare bene.» *Id.*: *op. cit.*, pág. 169: «Governare col solo consenso della maggioranza, sia pure grandissima non si può, perché occorre tenere a segno i dissidenti. Governare con la sola forza, a lungo, neppure si può. Ocorre dunque sapere se c'è il consenso, al meno implicito dei più. Per ciò è utilissima una Camera (utile anche il referendum), indispensabile un'amplia libertà di stampa.» *Id.*: *Traité de sociologie générale*, § 2.240: «El mejor Gobierno que existe hoy... es el de Suiza, en especial por la forma que asume en los pequeños cantones con la democracia directa.»

fundamentalmente por elites. Sólo la organización podía hacer frente a la masa informe creada por la urbanización y el industrialismo. Esta línea desemboca necesariamente en el elitismo, pues equipara organización con estructura jerárquica. La consecuencia política de la visión pesimista y no igualitaria de la naturaleza humana es una aceptación de la necesidad de un gobierno autoritario (22) o, cuando menos, de un liderazgo autoritario ejercido por una elite, a menudo sin la participación o el control de la masa (23). La reacción de los teóricos demócratas fue débil, probablemente porque el descubrimiento de la «ley de hierro de la oligarquía» y sus variantes se hizo a nivel sociológico (24). La ley de Michels, formulada sobre la base de los hechos y de la experiencia, era inevitable por ser una característica esencial de todas las sociedades humanas. Esta ley trataba del funcionamiento de los partidos políticos, sin entrar a juzgar la moralidad ni la justicia de tales sistemas. Ya sabemos que es muy propio de los elitistas el negarse a emitir cualquier comentario ético sobre los fenómenos que describen. La mayoría admitió que la política democrática estaba dominada, en distinta medida, por las elites. Matizaban su postura al añadir que la condición suficiente de democracia se cumplía si el electorado podía elegir entre elites rivales; las elites evitaban que su poder fuera hereditario, admitían el acceso de nuevos grupos sociales y extrañan su poder de coaliciones cambiantes.

En *La transformación de la democracia* (25) Pareto nos explica de nuevo

(22) «Autoritario» en este contexto no quiere decir necesariamente una dictadura, sino un gobierno en el que el pueblo tiene poco o ningún control.

(23) R. MICHELS: *Los partidos políticos*, vol. I, Buenos Aires, Amorrortu, 1983, pág. 84: «En realidad, en cuanto termina la elección termina también el poder de la masa de electores sobre el delegado.»

(24) R. MICHELS enuncia su ley en estos términos: «La organización es la que da origen al dominio de los elegidos sobre los electores, de los mandatarios sobre los mandantes, de los delegados sobre los delegadores. Quien dice organización dice oligarquía» (*Los partidos políticos*, vol. II, Buenos Aires, Amorrortu, 1983, pág. 189).

(25) En el año 1920, V. PARETO publicó, en la *Rivista di Milano*, una serie de ensayos sobre la situación de su época, bajo el título de conjunto «Trasformazioni della democrazia». Estos artículos se publicaron después en un libro independiente, *Trasformazione della democrazia*, Milán, Corbaccio, 1921. Después del *Manual de economía política*, *La transformación de la democracia* es la segunda obra de PARETO traducida íntegramente al castellano; nosotros citaremos por esta edición de Edersa, Madrid, 1985. El mismo PARETO señala los ejes en que se vertebra la obra (cfr. *La transformación de la democracia*, pág. 39): «El que observa con atención los hechos que se producen a diario distingue al menos tres características principales muy señaladas: 1.ª, el debilitamiento de la soberanía central y el reforzamiento de los factores anárquicos; 2.ª, la rápida progresión del ciclo de la plutocracia demagógica, y 3.ª, la transformación de los sentimientos de la burguesía y de la clase que todavía gobierna. Estos caracteres suministran la materia a la que me referiré con posterioridad.»

que los hombres luchan por el poder y que para conservarlo inventan expresiones tales como «socialismo», «capitalismo» o «democracia»... Anuncia la llegada de «tiempos nuevos» en los que, sobre las ruinas de la democracia, se alzaría la nueva estructura alimentada por una nueva fe. La nueva situación ofrecerá una nueva fisisofía: antidemocrática, antiprogresista... Se producirá una restauración del principio de la responsabilidad civil y de la libertad individual. La democracia queda como una meta irrealizable, como el mal menor. El dominio de una elite es inevitable: se trata, pues, de tener la mejor de las elites posibles: la antigua aristocracia liberal (26). Pareto no puede soportar el peso del aparato burocrático estatal e intenta conjugar una defensa exacerbada de la libertad con un ataque a la democracia. ¿Cuál sería entonces el régimen político preferido por Vilfredo Pareto? Respondería muy bien al régimen de «garantía o defensa jurídica» propugnado por Gaetano Mosca (1858-1941) (27). El principio de la protección jurídica es un criterio para discernir las formas de gobierno buenas de las malas al examinar los «mecanismos sociales que regulan la disciplina del sentido moral» (28). «Sentido moral» se refiere al freno espontáneo o provocado de los sentimientos egoístas, pues ninguna sociedad puede sobrevivir sin preocuparse de formar, alimentar y conservar el sentido moral en la mayor parte de sus componentes.

Dado que no todas las formas de organización política consiguen instituir una eficaz protección jurídica, las formas mejores o menos malas son aquellas en las que el sistema de la defensa jurídica alcanza con mayor aproximación el propio fin, que consiste en proteger al grupo social de los efectos destructivos de los comportamientos extraviados. El mejor sistema de protección jurídica es el que se funda sobre la presencia efectiva del mayor número de fuerzas sociales contrapuestas. Donde predomina una sola fuerza política las inclinaciones egoístas de la clase política terminan por predominar y dar origen a una de las tantas formas de regímenes despóticos. En él se ha con-

(26) R. ARON: «Préface», en *Traité de sociologie générale*, Ginebra, Droz, 1968, p. xi: «Vilfredo Pareto pertenece a una categoría social en vías de extinción: la aristocracia que se dedica a la ciencia y que, sin embargo, no se concibe a sí misma como profesional ni se encierra dentro de los límites de una disciplina académica.»

(27) Véase G. MOSCA: *Elementi di scienza politica*, Roma, Bocca Ed., 1869. MOSCA dedica el capítulo V al tema de la «defensa jurídica». Entre la escasa bibliografía española sobre la materia destacan P. DE VEGA GARCÍA: «Gaetano Mosca y el problema de la responsabilidad social del intelectual», y G. TRUJILLO: «Elitismo y democracia en la perspectiva de la sociedad industrial», en *Estudios de ciencia política y sociología. Homenaje al Prof. Carlos Ollero*, Madrid, Gráficas Carlavilla, 1972, págs. 879-902 y 845-867, respectivamente.

(28) *Op. cit.*, pág. 130. Hoy diríamos control social.

seguido la defensa de las libertades individuales gracias a un perfecto equilibrio político y social. Puede alcanzarse mientras se logre llevar al poder a una elite compuesta por individuos que no defiendan los intereses particulares de un grupo social concreto, sino que piensen en términos del bien común y que establezcan un gobierno basado en el respeto a la ley. Mosca empezó con duras críticas a los regímenes democráticos representativos, pero a lo largo de su vida llegó al convencimiento de que, a pesar de sus defectos, eran los mejores que la historia había conocido. Este punto de vista es extrapolable a Pareto, quien, en el fondo, veía en la democracia la solución menos mala. Si todo régimen es oligárquico, la oligarquía «plutodemocrática» tiene la ventaja de estar dividida y, por tanto, limitada en sus posibilidades de acción. Las elites democráticas son las menos peligrosas porque respetan la libertad de los individuos.

Pareto creía que la iniciativa individual era el mecanismo económico más favorable para aumentar la riqueza. Se muestra liberal en economía, aunque aceptaba las intervenciones del Estado para agilizar el funcionamiento del mercado. En el plano político, su pensamiento se decanta por un régimen de carácter autoritario, pero moderado en su conducta, donde los gobernantes pueden adoptar decisiones pero no pretenden resolverlo todo ni imponer a los gobernados lo que deben pensar y creer. Seguramente Pareto habría apoyado un Gobierno liberal, desde el punto de vista económico y científico. Pretende reducir al mínimo el dominio inevitable del hombre sobre el hombre. A su juicio, lo mejor sería dejar actuar a los mecanismos del mercado en un Estado lo bastante fuerte para imponer respeto a las libertades.

Robert Michels (1876-1936) también participa de la valoración escéptica del fenómeno democrático en la misma línea que Pareto (29). El concepto de democracia sufrirá una sutil transformación: aparece la idea de democracia

(29) Véase R. MICHELS: *Los partidos políticos*. Buenos Aires, Amorrortu, 1984, vol. II, cap. IV. En las últimas páginas de este libro MICHELS hace un canto a la democracia, imposible de alcanzar a causa de la «ley de hierro de la oligarquía», pero única lucha posible para tratar de mejorar la sociedad.

Los teóricos de la Public Choice siguen en esta misma línea al trasladar los presupuestos neoclásicos al análisis del comportamiento de políticos [vendedores] y votantes [compradores]: «... los políticos se encuentran en una situación muy similar a la de los empresarios que diseñan sus productos no tanto en términos de lo que realmente piensan que es el mejor producto, sino en función de lo que ellos creen que los clientes comprarán (las medidas políticas que aceptarán los votantes y que éstos apoyarán con su voto en las elecciones). Los partidos políticos son igualmente considerados como oferentes de políticas que compiten entre sí en el mercado político por el voto de los votantes consumidores de medidas políticas» (véase J. CASAS PARDO: «Estudio introductorio», en *El análisis económico de lo político*. Madrid, Instituto de Estudios Económicos, 1984, pág. 48).

como mero «método político». Su limitación a un simple acto que legitima a un conjunto de elites en competencia por ocupar los puestos más altos en la jerarquía del Estado conduce, en definitiva, a la «tecnificación» de la democracia.

En relación con este conjunto de ideas destacan las aportaciones de Joseph A. Schumpeter (1883-1950), quien desaconsejó la utilidad de estudiar el capitalismo en términos de equilibrio. El capitalismo se mantiene gracias a los desequilibrios, a las crisis cíclicas y a las concentraciones de monopolios. Ocurre, sin embargo, que la audacia y el espíritu competitivo ya no mueven a los capitalistas demasiado escépticos para ganar, ahorrar e invertir; en lo sucesivo buscarán la seguridad. De manera que el capitalismo hacía inevitable la llegada del socialismo (30). Así, distingue entre la democracia como «ideal absoluto o valor supremo» de la democracia como realidad histórica (31). Según Schumpeter, la democracia como ideal constituye un símbolo de todo lo que un hombre se toma en serio, de todo cuanto ama en su patria, mientras que la democracia como realidad histórica consiste en un método político entendido como el «sistema institucional de gestación de las decisiones políticas que realiza el bien común, dejando al pueblo decidir por sí mismo las cuestiones en litigio mediante la elección de los individuos que han de congregarse para llevar a cabo su voluntad» (32). Esto es así porque, «salvo

(30) Como es sabido, estas tesis se desarrollan en *Capitalism, Socialism and Democracy*, Nueva York, Harper & Brothers, 1942. Citamos por la traducción castellana *Capitalismo, socialismo y democracia*, Barcelona, Folio, 1984.

(31) J. A. SCHUMPETER: *Capitalismo, socialismo y democracia*, Barcelona, Folio, 1984, pág. 312.

(32) J. A. SCHUMPETER: *Capitalismo, socialismo y democracia*, Barcelona, Folio, 1984, pág. 321. En este contexto, como ha destacado C. PATEMAN, las elecciones operan como mero instrumento de control: «Elections are central to the democratic method because they provide the mechanism through which the control of leaders by non-leaders can take place» (véase *Participation and Democratic Theory*, Nueva York, Cambridge University Press, 1986, págs. 8 y sigs.).

HANS KELSEN, tras admitir que la democracia entendida como gobierno establecido mediante la competencia responde al reto de «mostrar... que el capitalismo guarda... una analogía mayor con la democracia que el socialismo», considera que esta propuesta supone invertir la relación entre los dos criterios que conforman la democracia: que el gobierno reside en el pueblo y que las elecciones deben ser libres, dando primacía al segundo sobre el primero. Dar primacía al mecanismo electoral competitivo supone alejarse de la democracia directa, que es la verdadera democracia y que no precisa necesariamente de un sistema de representación. Aunque reconoce su menor grado de eficacia operativa, KELSEN sugiere como vía intermedia el sistema de representación proporcional, donde «la lucha competitiva por el voto se reduce al mínimo» (cfr. HANS KELSEN: «Los fundamentos de la democracia», en *Escritos sobre la democracia y el socialismo*, Madrid, Debate, 1988, págs. 319-320).

en el caso de una democracia directa, el pueblo como tal no puede nunca gobernar ni regir realmente» (33). «Más allá de la democracia 'directa' hay una infinita riqueza de formas posibles en las que el 'pueblo' puede tomar parte de los negocios del Gobierno o influir o intervenir a los que efectivamente gobiernan» (34), y, por tanto, sigue Schumpeter, aunque el pueblo no gobierna nunca *de facto*, podemos siempre hacerlo gobernar por definición. «Normalmente, las grandes cuestiones políticas comparten su lugar, en la economía espiritual del ciudadano típico, con aquellos intereses de las horas de asueto que no han alcanzado el rango de aficiones y con los temas de conversaciones irresponsables. Estas cosas parecen aquí fuera de lugar...; el ciudadano, en el fondo, tiene la impresión de moverse en un mundo imaginario... El ciudadano es miembro de una comisión incapaz de funcionar: la comisión constituida por toda la nación, y por ello es por lo que invierte menos esfuerzo disciplinado en dominar un problema político que en resolver una partida de *bridge*» (35).

Así es como llega Schumpeter a una definición de democracia basada en el concepto de competencia por la dirección política: «El método democrático es aquel sistema institucional para llegar a las decisiones políticas, en el que los individuos adquieren el poder de decidir por medio de una lucha de competencia por el voto del pueblo» (36). Por tanto, el principio democrático significa exclusivamente que el liderazgo, que la dirección, «las riendas del

(33) J. A. SCHUMPETER: *Capitalismo, socialismo y democracia*. Barcelona, Folio, 1984, pág. 316; M. OLSON ha desarrollado las tesis de Schumpeter en sus análisis de la acción social colectiva [véase *The Logic of Collective Action*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 1965].

(34) J. A. SCHUMPETER: *Capitalismo, socialismo y democracia*. Barcelona, Folio, 1984, pág. 317.

(35) J. A. SCHUMPETER: *Capitalismo, socialismo y democracia*. Barcelona, Folio, 1984, pág. 334.

(36) J. A. SCHUMPETER: *Capitalismo, socialismo y democracia*. Barcelona, Folio, 1984, pág. 343; N. BOBBIO: *El futuro de la democracia*. Barcelona, Plaza & Janés, 1985, pág. 32: «Joseph Schumpeter dio completamente en el blanco cuando sostuvo que la característica de un Gobierno democrático no es la ausencia de elites, sino la presencia de más elites en competencia entre sí por la conquista del voto popular.» J. DE LUCAS («Sobre la justificación de la democracia representativa», en *Doxa*, núm. 6, 1989, pág. 192): «... habría que admitir que, hoy por hoy, la concepción de Schumpeter (la democracia como elección global entre diversas opciones de competencia por el voto) es mucho más útil desde el punto de vista de la comprensión de la realidad que las fórmulas de Lincoln... [no obstante] aparece el riesgo de sustituir el debate democrático por un juego de negociación entre corporaciones, en el que los intereses de los ciudadanos pueden ser sustituidos —o simplemente inducidos artificialmente— por los de los grandes agentes económicos».

Gobierno deben ser entregadas a los individuos o equipos que disponen de un apoyo electoral más poderoso que los demás que entran en competencia» (37). Dicho de otro modo: la democracia se caracteriza por un tipo de relación particular entre la elite y la masa. Para Schumpeter, tanto la composición de la elite como su nivel de apertura constituyen cuestiones secundarias siempre que se de un grado mínimo de circulación posible. Hay democracia, pues, cuando las elites pueden entrar en competición para alcanzar el poder político y luchan entre ellas para alcanzarlo. Democracia no significa gobierno efectivo del pueblo. «La democracia significa tan sólo que el pueblo está dispuesto a aceptar o a rechazar a los hombres que han de gobernarle. Pero como el pueblo puede decidir esto también por medios no democráticos en absoluto, hemos tenido que estrechar nuestra definición añadiendo otro criterio identificador del método democrático, a saber: la libre competencia entre los pretendientes al caudillaje por el voto del electorado» (38).

La democracia queda así reducida a un pluralismo partidista, donde cada partido se procura sus elites, que aseguran la dirección de la sociedad a tra-

(37) J. A. SCHUMPETER: *Capitalismo, socialismo y democracia*, Barcelona, Folio, 1984, pág. 348.

(38) J. A. SCHUMPETER: *Capitalismo, socialismo y democracia*, Barcelona, Folio, 1984, pág. 362. Los miembros del Club Jean Moulin coinciden plenamente con Schumpeter en este punto: «La democracia postula, de hecho, una civilización de masa, pero, hasta ahora, las 'masas' han participado poco y sin verdadero discernimiento. Se puede sostener que, en lugar de una verdadera democracia, hemos elaborado un sistema de gobierno en el que un pequeño número de oligarquías más o menos divididas se disputan la dirección de los asuntos manipulando a masas ignorantes o indiferentes» (véase *L'État et le citoyen*, Paris, Ed. du Seuil, 1961, pág. 188, *op. cit.*, por L. GARCÍA SAN MIGUEL: «Participación en el poder y control de las 'élites' como problemas...», en *Revista de Estudios Políticos*, núm. 143, 1965, pág. 111).

BERELSON pone de manifiesto la discordancia existente entre los ideales democráticos y la actitud del ciudadano medio, que en vez de asumir las funciones que el sistema le asigna, opta por la pasividad: «... certain requirements commonly assumed for the successful operation of democracy are not met by the behaviour of the average citizen» (véase B. R. BERELSON: *Voting*, University of Chicago Press, 1954, pág. 307, citado por C. PATEMAN: *Participation and Democratic Theory*, Nueva York, Cambridge University Press, 1986, pág. 6).

G. W. RUNCIMAN: *Social Science and Political Theory*, Cambridge, Cambridge Univ. Press, 1963, pág. 78: «... The Few have to realize what the Many want and the Many have to have some means of finding out whether the Few are really giving it to them.»

F. BURZIO sintetiza muy bien el estado de la cuestión: «En un conjunto democrático estamos obligados a hacer una distinción entre tres elementos diferentes: 1) una realidad, o sea, la rápida circulación de las elites; 2) un deseo, o sea, la igualdad..., y 3) una ilusión, o sea, el gobierno directo de las masas» (cfr. *Attualità e essenza del liberalismo*, citado por G. SARTORI en *Definiciones de la democracia*, México, Limusa-Wiley, 1965, pág. 16).

vés de la competencia, con unas cualidades y una eficacia que la masa no posee. Procede, pues, una conciliación entre elitismo y democracia. Schumpeter sabe que hay una relación directa entre el crecimiento del capitalismo y el de la democracia. Ello le lleva a plantearse si la democracia está llamada a desaparecer junto con el orden capitalista donde se viene desarrollando. Es posible, pero Schumpeter está igualmente convencido que, «a primera vista, el socialismo no tiene una solución notoria que ofrecer para el problema resuelto en otras formas de sociedad por la existencia de una clase política nutrida de tradiciones estables. Ya he dicho anteriormente que en el socialismo existirá el político profesional. Puede desarrollarse una casta política acerca de cuya cualidad sería ocioso especular» (39). Aunque Schumpeter sigue una línea de razonamiento distinta a la de Pareto, sus conclusiones no difieren sustancialmente. En definitiva, capitalismo y socialismo pueden vivir con un sistema democrático, que no consiste en el gobierno del pueblo, sino más bien en el gobierno de las elites, en mutua competencia, para obtener la legitimidad de gobernar al pueblo en una dirección u otra. De manera que las elecciones competitivas producen democracia, toda vez que los políticos que pretenden ser elegidos están igualmente condicionados por la reacción del electorado ante sus decisiones. Este método competitivo de búsqueda de líderes se inicia con la existencia de una pluralidad de elites en competencia en el mercado electoral, cuyo poder ostenta el pueblo, quien hará valer la responsabilidad de los futuros gobernantes. Surge, pues, un tipo de sociedad democrática donde las minorías selectas se forman con elementos que proceden de los diferentes estratos sociales sobre la base del mérito individual. La combinación entre la igualdad de oportunidades y la rivalidad política es la versión sociológica del liberalismo económico. Por esto se explica que Pareto fuera con coherencia un liberal en economía y un elitista en política.

Lo cierto es que la mayoría de los teóricos de la elite formularon sus teorías pensando en un ámbito democrático, pese a que sus orientaciones son muy diversas: crítica general a la democracia representativa considerada como fraude (Pareto, Mosca, Michels) (40); crítica de sus defectos o limitaciones en un país concreto (Wright Mills, en EE. UU.); apología de un sistema establecido como expresión de una democracia real, no utópica o rousseauniana

(39) J. A. SCHUMPETER: *Capitalismo, socialismo y democracia*, Barcelona, Folio, 1984, pág. 383.

(40) G. SARTORI: *Teoría de la democracia*, Madrid, Alianza, 1988, vol. II: *Los problemas clásicos*, Madrid, Alianza, 1988, pág. 528: «Como señaló Michels hace ya algún tiempo, la mayoría de los organismos en funcionamiento en un sistema democrático no tienen y (argüía) nunca tendrán una estructura democrática; no obstante, y a pesar de sus graves predicciones, las democracias han sobrevivido.»

(Robert Dahl); crítica por contraste de los regímenes comunistas (Raymond Aron)... Ello hace que a menudo muchos de los problemas que plantean estos autores carezcan una vez de vigencia y otras de relevancia en un sistema político no democrático. Por ejemplo, resultaría curioso discutir sobre la autenticidad del sufragio o sobre la formación de oligarquías en el seno de los partidos políticos en un país donde éstos estuvieran prohibidos y perseguidos y en el que no hubiera verdaderas elecciones. Así, la elite política se identifica en gran medida con la elite estatal: alta burocracia civil y militar, altos cargos del partido... Por tanto, el sistema de elección de las elites políticas es lo que viene a diferenciar los regímenes democráticos de los que no lo son. En este último caso, las elites son designadas desde la jerarquía, no elegidas.

Tanto las instituciones como la ideología, la conducta y el poder político encuentran un lugar en las controversias que giran en torno a las elites. Los elitistas han logrado que los filósofos políticos reconsideren el *status* de determinados valores comúnmente asociados a la democracia, tales como la igualdad y la libertad. Así han impulsado la revisión de la democracia misma, de manera que incluso los contrarios a la teoría del elitismo no han podido ignorarla.